

IN MEMORIAM ÁNGEL RODRÍGUEZ

Jaime CONTRERAS CONTRERAS

Catedrático de Historia Moderna, Universidad de Alcalá de Henares.

Presidente de la Fundación Española de Historia Moderna.

He oído decir, recientemente, que el humor es la mejor forma de inmunidad contra el fanatismo y el odio. Ha sido Amos Oz quien lo ha enunciado, un pacifista no sentimental y luchador incansable por conseguir la paz. Decía también, este autor, que el verdadero mal, el mal absoluto –más que la guerra explícita entre dos enemigos– era la agresión violenta que nace del interior oscuro del resentimiento y la envidia.

Me han resultado familiares estas reflexiones. En algunas de mis conversaciones con Ángel, cuando hablábamos de problemas de historia, se dijeron, creo recordar, cosas semejantes. Y aun podría asegurar que mi amigo había añadido, entonces, alguna reflexión respecto de la ironía y la autoironía como recursos imprescindibles para el aprendizaje del vivir gozosamente.

Conocí a Ángel cuando retornó a Salamanca luego de su larga trayectoria universitaria en Cáceres. Sentía, entonces, nostalgia de su aventura extremeña, allí donde había creado tales condiciones de sementera, que la Historia Moderna de Extremadura surgía esplendorosa como uno de los más significados logros de nuestra reciente historiografía. Nadie como él sabía de los esfuerzos de esta gran tarea; y, reconociéndose íntimamente como su impulsor, no podía dejar de entenderse a sí mismo, y a la vez, como el primero de sus alumnos. Una timidez casi biológica se unía, en él, a las exigencias de un deber de prudencia y de serena humildad. Sentirse necesitado de un continuado aprendizaje e impulsado por una voluntad de saber, le empujaban en su esfuerzo intelectual permanente. Porque Ángel, contemplándose dentro de sí o afirmando su presencia en el mundo, esgrimía tres principales actitudes: compromiso, humildad y una dulce y sutil ironía.

Ángel y yo nos encontramos en la plenitud de su vida universitaria, ya maestro de historiadores, y en uno de los momentos singulares de la vida; en esos en los que

parece posible hallar acomodo inteligente entre ciertas formas de expresión estética, las exigencias del deber y algunas manifestaciones placenteras de lo cotidiano. Fue, el suyo y el mío, un encuentro gratificante, chispeante de humor y de reconocimiento de los dos en un ámbito de amistad. De nuestras conversaciones surgió la idea de reeditar el famoso *Hacerse nadie*. Porque aquel libro era para mí una singular reflexión de Ángel sobre el significado de la violencia. Él lo reconocía sin duda; y explicaba que, asustado el escribano que copió los sucesos de Coria, había creído oportuno enterrarlos entre los muros fríos del archivo cauriense. Un sepulcro definitivo para ahorrar el sonrojo de generaciones futuras.

Pero ahí estaba la violencia y la agresión que nacía de la omnipresencia y de la soberbia. El verdadero mal absoluto que explicaba Amos Oz. La agresión del Deán de Coria nacía, precisamente, de la autosuficiencia de quien se sentía poderoso; por eso jugaba con vidas y haciendas, y por eso entendía muy bien que «*el juego y el sexo son placeres que producen dependencias en una parte de la sociedad respecto de otra*». Son palabras de Ángel. Pero la violencia, obviamente, no está sólo en los libros, forma parte próxima a la existencia de los hombres. Hasta, incluso, puede hacerse presente taimadamente en el silencio de la noche, disfrazada de marcha fúnebre, precisamente en el momento principal en que la incertidumbre parece estar amortiguada y puede abrirse paso la esperanza.

Ángel me contaba, con gracejo y semioculto entre las volutas azuladas del humo de su tabaco, estas cosas de la violencia. Y por ello, explicaba que, en cualquier circunstancia, siempre aparecen hombres diestros en fabricar rumores y en crear sospechas para transformarlas en aparentes evidencias y convertirlas, luego, en ideología homogeneizadora. Por entender esto muy bien se consideraba historiador y, por lo mismo, le importaban esencialmente dos cosas: entender la existencia de los hombres y comprender, lo mejor posible, la importancia del silencio. Ángel sabía que los proyectos nunca son acabados pero, a pesar de ello, era necesario construirlos y realizarlos.

Todo ello eran formas de entender la vida. Un *Hacerse nadie*, definitivo. Porque la gran enseñanza de su autor puede quedar fijada de esta manera cuando escribió: «*Estar se haciéndose nadie el uno con el otro*» era una honda manera y única de contar la filosofía de la anulación personal para entregarse al otro».

Ahora, querido amigo, ya sólo queda el silencio; tú lo dijiste.

Alcalá de Henares, Octubre de 2000.